



Capítulo 280

Recientemente, en el acantilado de Rosario, donde se estaba reconstruyendo una ciudad completamente destruida.

Una figura se encontraba de pie en silencio contemplando Rosario desde la cueva donde el Papa se había alojado en su día.

Un hombre vestido con vestimentas sagradas negras, adornadas con diversas cadenas y accesorios.

Apartó la mirada de la ciudad de Rosario, medio destruida, y contempló en silencio la cueva, o más precisamente, el lugar donde había tenido lugar la batalla.

¿Cuánto tiempo había pasado así?

Una leve sonrisa apareció en los labios del hombre, cuya parte inferior del rostro era visible bajo la capucha.

«La gula alimentada por la codicia ha sido eliminada, e incluso el pecado a medio formar ha sido eliminado... eh».

Murmuró para sí mismo, divertido por algo.

«Bueno, aunque aún no está completamente terminado».

Dicho esto, miró al cielo.



Aunque el sol aún no se había puesto, la Vía Láctea brillaba suavemente...

Durante un rato.

En silencio.

«Esto debería merecer la pena verlo. Porque aparecerá pronto».

Se quedó mirando fijamente.

Tal y como había dicho Magrina, el ritual no duró mucho.

Comenzó por la mañana y terminó a primera hora de la tarde.

Sin embargo, incluso después de que el ritual terminara, Alon no podía descansar.

La razón era...

—Sir Alon, estoy deseando trabajar con usted. A partir de ahora, seré su escolta aquí. Me llamo Lutvia.

—De acuerdo, contaré con usted.



Era por la sesión de presentación de los elfos.

Así es.

Alon estaba conociendo a los elfos uno por uno e intercambiando saludos.

Y ni siquiera en grupo, sino realmente uno por uno.

Se preguntaba si era necesario, sobre todo porque no tenía intención de quedarse mucho tiempo en Greynifra.

Pero, por desgracia, Alon no tenía poder de veto.

Según Magrina, se trataba de una costumbre tradicional entre los elfos.

Cuando estés en Roma, haz como los romanos.

Así que Alon decidió respetar la tradición....

Al menos, esa era su resolución.

Hasta que le presentaron al décimo elfo.

—¿Estás bien?

—Estoy bien...



Magrina lo miró con preocupación.

Alon la tranquilizó y dirigió la mirada hacia la ventana.

Antes de que se diera cuenta, la luna había salido en medio del cielo.

En otras palabras, había pasado toda la segunda mitad del día con presentaciones.

«No pensé que realmente me presentarían a todos y cada uno de ellos...».

Aunque, para ser precisos, solo le estaban presentando a los que trabajaban dentro del reino.

Aun así, el número era abrumador y no pudo evitar suspirar.

Alon preguntó, por si acaso:

—Eh, ¿no hemos terminado por hoy? ¿Mañana seguimos?

—Hmm... queda un poco.

—¿Cuánto es «un poco»...?

—Más o menos...

«¿Una hora?».



Alon expresó con cautela su esperanzada suposición.

Pero...

«... Eh, ¿más o menos medio día?».

«¿Medio día?».

«Sí».

Esa esperanza se desvaneció de inmediato.

Alon se quedó sin palabras por un momento, pero finalmente logró abrir la boca.

«Esto es una tradición, ¿verdad?».

«Sí. Pero si realmente es demasiado, ¿deberíamos dejarlo?».

Magrina preguntó con preocupación.

«No, no será necesario. Además, ya que he empezado, es mejor terminarlo».

Si lo hubiera sabido desde el principio, quizás se habría negado discretamente.

Pero, dado lo lejos que había llegado, no había necesidad de abandonar ahora.



Así que al día siguiente, Alon siguió la tradición y realizó todas las presentaciones hasta última hora de la tarde.

—¿Por fin ha terminado...?

—Lo has hecho muy bien, hermano.

Alon empezaba a sentir rigidez en el cuello.

—¿Ya puedo descansar?

—Sí, tu parte ya está prácticamente terminada. Pero antes, ¿puedo preguntarte una cosa?

—¿Qué es?

—¿Encontraste a alguien con quien te costara hablar entre los elfos?

—¿Alguien... difícil?

—Sí. Alguien con quien fuera desagradable hablar o que se comportara de forma grosera.

Alon pensó por un momento, pero negó con la cabeza.

Había algunos que recordaba, pero ninguno que mereciera la pena mencionar específicamente.

Después de todo, había habido demasiados.

—Hmm... No se me ocurre nadie en particular.

—¿Ah, no?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, como ahora eres de la realeza, si alguien se comporta así contigo, hay que advertirle.

Alon asintió.

En realidad, no tenía intención de criticar a los elfos por ser un poco distantes.

Por muy extraordinario que fuera, a sus ojos no dejaba de ser un simple humano.

Lo entendía perfectamente.

Aun así, no negó sus palabras,

porque la forma en que los elfos lo trataban podía acabar afectando a Magrina.



Ahora que Alon era de la realeza, cada vez que le faltaban al respeto, también podían dañar el honor de ella.

No era algo que pudiera ignorar simplemente porque no le importara personalmente.

Así que decidió dejarlo en manos de Magrina.

«En cualquier caso, has hecho un gran trabajo, hermano».

Otro día agotador llegaba a su fin.

Dos días después.

Arrastrando a una desesperada Penia que suplicaba: «¡Por favor, solo un día más...!», Alon decidió abandonar Greynifra.

«Bueno, te estaré esperando, hermano. Que tengas un buen viaje».

«De acuerdo. Nos vemos la próxima vez».

Naturalmente, el hecho de que Alon se convirtiera en miembro de la realeza no cambió mucho las cosas.

Los elfos, que siempre habían sido amables, siguieron siéndolo.

Los que siempre habían sido indiferentes no cambiaron su actitud, pero a Alon no le importó y se dirigió hacia donde estaba Hazad.



«Ay, si tuviera un día más...».

Penia extendió la mano con nostalgia hacia Greynifra, con ojeras bajo los ojos y con un aspecto totalmente desolado.

Parecía una heroína trágica obligada a separarse de su amado.

Al ver esto, Alon habló con firmeza.

«La próxima vez».

«Lo haré...».

Penia se enfurruñó, con los labios caídos.

Pero el momento no duró mucho.

«¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar a los hombres lagarto?».

«Si nos dirigimos al lugar donde está ese dios Hazad, tardaremos unas tres semanas».

Alon y Evan hablaron sobre el calendario que tenían por delante.

Y después de unas semanas más...



[Je, os estaba esperando].

Hazard los recibió con una sonrisa.

«¿Estabas esperando?».

[¿No te lo dije la última vez? Como te pedí prestado tu nombre, te prometí concederte poder a cambio].

«Ah, cierto. Lo hiciste».

[No lo habrás olvidado, ¿verdad?].

En realidad, lo había olvidado, pero no lo demostró y preguntó en su lugar.

«¿Están listos los preparativos?».

«No, por desgracia, no es tan fácil preparar el escenario. Llevará un poco más de tiempo».

«Entonces, ¿a qué te refieres con "esperar"?».

«Me lo ha dicho Magrina. Te diriges al este, ¿verdad?».

«Así es. ¿Es algo que preparaste con antelación, entonces?».

Hazard se rascó la cabeza con torpeza y abrió la boca.



—Bueno... para ser precisos, no exactamente. Hay un pequeño problema.

—¿Un problema?

—Sí, parece que viajar al este es un poco difícil en este momento.

—¿Qué está pasando?

Ante la pregunta de Alon, Hazad soltó un gemido y comenzó a explicar.

Mientras Alon escuchaba en silencio...

«En resumen, el camino que conduce al este está plagado de extrañas criaturas, lo que dificulta el viaje».

Resumió la explicación de Hazad.

«Sí. Debido a eso, últimamente también se ha interrumpido el comercio».

«Hmmm...».

Después de pensar un rato, Alon hizo una pregunta.

«¿Ni siquiera con tu poder puedes hacer frente a eso?».



«No es eso. Pero, como sabio divino, solo puedo usar mi poder en mi territorio designado».

¿Hay restricciones?

«Las hay. Pero si te lo explico todo, nos llevará un rato, así que te lo contaré la próxima vez. En cualquier caso, me resulta difícil hacer frente a eso».

«Entonces, si quiero ir al este, ¿tendré que ocuparme yo mismo de esas criaturas?».

«También podrías esperar un poco más. Esos monstruos han aparecido antes y suelen desaparecer al cabo de medio año aproximadamente».

¿Cuál sería la mejor opción?

Esperar medio año.

O cruzar el mar ahora, arriesgándose un poco, e ir al Reino del Este.

No tardó mucho en decidirse.

«Vamos».

Una vez pensado cómo hacerlo, Alon tomó su decisión sin dudarlo.



En ese momento, de vuelta en Greynifra...

—Majestad, aquí tiene la lista de observadores.

—¿Esto viene de Ramu?

—Sí.

—Dámela.

Mew, que también ejercía de secretaria de Magrina, le entregó una hoja de papel.

Mientras Magrina examinaba tranquilamente el papel con la mirada, Mew habló, aparentemente curiosa.

—Eh, Majestad... si no es demasiado atrevido, ¿puedo preguntarle algo?

—Sí, adelante, Mew.

Magrina le dedicó una sonrisa amable sin apartar la vista del documento.

Mew aprovechó la oportunidad y le hizo la pregunta que había estado conteniendo.

—Es solo que... he oído que durante el último ritual presentó a todos los que trabajan en el palacio al señor Alon.

—Oh, ¿no estabas allí en ese momento?

Magrina levantó finalmente la vista del papel y dirigió la mirada a Mew.

Mew asintió con la cabeza.

—Sí, estuve fuera un rato por motivos de trabajo...

—Ah, así que coincidió.

—Sí, sí.

Magrina la miró fijamente durante un momento.

—Bueno... no pasa nada.

—¿Perdón?

Ella negó con la cabeza como si no fuera nada.

—Oh, no es nada. ¿Qué querías preguntarme?

Aunque desconcertada por la reacción, Mew lo ignoró y le hizo la pregunta original.

—Es solo que me preguntaba por qué defendías la tradición tan a rajatabla. Lady Magrina, normalmente no te importan mucho esas costumbres... y tampoco eres de las que hacen una lista de todas las personas con las que se ha reunido Lord Alon.



Además, por lo que Mew sabía, Ramu no era un elfo cualquiera, sino un miembro de la Hoja Negra.

En otras palabras, no era el tipo de persona que recopilaba listas de observadores, lo que solo aumentaba el misterio.

Magrina asintió.

—Sí, es cierto.

Tal y como dijo Mew.

Magrina no era de las que apreciaban o respetaban demasiado las tradiciones de los elfos.

Dejó el papel que estaba revisando y miró directamente a los ojos de Mew.

—Mew, ¿sabes algo?

—¿A qué te refieres?

—Que los elfos lo mostramos todo en nuestras caras.

—¿...Nuestras caras?



—Sí. Los elfos somos puros. Por eso, no podemos ocultar nuestras expresiones fácilmente. A menos que evitemos el contacto por completo, si nos gusta alguien, se nota, y si no nos gusta, también se nota.

«... ¿Verdad?».

Mew asintió.

Pero, al mismo tiempo, la duda en su rostro solo se hizo más profunda.

La respuesta no encajaba realmente con la pregunta que había hecho.

Reclinándose lentamente en su silla, Magrina...

«Por eso me gustan los elfos. Son puros...».

Y fáciles de leer.

Murmuró tan suavemente que ni siquiera Mew, que estaba cerca, pudo oírla.

Luego volvió a mirar el papel.

Las etiquetas con los nombres de los observadores que revelaban marcas ocultas cuando se veían con un patrón mágico específico.

Y entonces...

«Sí...».

Miró a Mew, que seguía sin entender nada y simplemente asintió.

Magrina sonrió.

En silencio.